

Leonardo Bruni y el discurso traductológico del siglo XV¹

Elisa Borsari
(Universidad de Alcalá)

Ex quo scelus quodammodo inexpiabile
censendum est hominem non plane doctum
et elegantem ad transferendum accedere.

(L. Bruni, *De interpretatione recta*)

El siglo XV: un mundo de traducciones

Se conservan muchos más testimonios de la actividad traductora en Castilla y en general en la península ibérica durante el siglo XV que de los siglos anteriores. Varios ejemplos en favor de esta afirmación son los estudios recientes de dos afamados especialistas de la materia, Alvar 2010, y Santoyo 2009 y 2011. En efecto, una tercera parte, o más, de estos tres ensayos está dedicada al siglo XV. Tampoco hay que olvidar el *Repertorio de traductores del siglo XV* (Alvar-Lucía Megías 2009) o el *Catálogo de traducciones anónimas al castellano...* (Borsari 2011). Este porcentaje tan alto tiene principalmente dos explicaciones que interactúan a un mismo tiempo: por un lado, es más fácil la conservación de los testimonios que se remontan a un tiempo más próximo al nuestro; por el otro, se sabe que una serie de coyunturas favorecieron el desarrollo de la actividad traductora durante este siglo y, en consecuencia, existe una cifra más elevada de textos que dan constancia de los procesos de elaboración y crítica de estas traducciones.

Esta afirmación no es aplicable solo, como antes decía, a la península ibérica sino que se puede extender al entero panorama traductológico europeo (Italia, Francia, España, etcétera). De entre los varios escritores, estudiosos y traductores sobresale el nombre del humanista italiano Leonardo Bruni. Este no se dedicó exclusivamente a la tarea traductora sino que en sus escritos deja constancia del proceso de elaboración de la misma y las propias traducciones—suyas y de otros— son en muchas ocasiones objeto de disertación (legado que se encuentra en sus obras originales, introducciones a otros escritos, además de en su ubérrima correspondencia). Sus obras y traducciones se constituyen así como vehículos de las nuevas corrientes literarias y culturales italianas y adquieren el estatus de fuentes privilegiadas e imprescindibles para la correcta reconstrucción del cuadro traductológico europeo del siglo XV (Rubio Tovar 1997: 250-251; González-Moreno-Saquero 2000: 15; Jiménez San Cristóbal 2011).

Leonardo Bruni como protagonista

El conocido librero Vespasiano Bisticci (1421-1498 ca.) ofrece una biografía detallada de Bruni en su obra *Vite di Uomini Illustri del secolo Quindici* (Gómez Moreno 1994 y 1997/98; Borsari 2013). El erudito tardará casi veinte años en escribir esta galería de hombres ilustres que, no obstante los inevitables errores y equivocaciones debidos a la inexistente comprobación de los hechos, es indispensable para la reconstrucción de la vida y relaciones del humanista italiano.

¹ Este estudio se inscribe en el marco del Proyecto I+D+i del MINECO: *DHuMAR Humanidades Digitales, Edad Media y Renacimiento. 1. Poesía 2. Traducción* (FFI2013-44286-P), de la Universidad de Alcalá, y dentro de las actividades del grupo de investigación *ESFILDIS Estudios filológicos interdisciplinares* (HUM872), de la Universidad de Córdoba.

Un episodio en particular (Bisticci, *Bruni*, cap. IX, Borsari 2013: 24-25) merece ser recordado para tener una idea de la importancia a nivel internacional que había adquirido en vida el humanista italiano (popularidad subrayada por Alvar 2010: 350-351). Su notoriedad se había extendido tanto que, a causa de su elevada demanda, numerosos escritores transcribían sus obras y las enviaban a distintos lugares de Italia y del extranjero. Resulta así evidente el enorme interés que suscitó la obra de Bruni y cómo se amplió su fama gracias a estas traducciones. También recuerda que importantes hombres de España y de Francia iban a Florencia exclusivamente para encontrarse con él y que como todos en la ciudad conocían su costumbre de ir cada mañana a la tienda para comprar papel y tinta, en la misma, puntualmente, se presentaba alguna de estas visitas. En particular, relata el episodio de un español que fue enviado por orden del mismo rey de España para invitarle a que fuera a trabajar a su corte bajo las condiciones que el mismo Leonardo quisiera. El emisario del rey para convencerle a que accediese a su petición se quedó mucho tiempo de rodillas hasta que Bruni con gran asombro logró que se levantara y le explicó con amables palabras que agradecía muchísimo el ofrecimiento del rey Alfonso pero que no podía ausentarse de Florencia debido a unos irrevocables compromisos que había tomado anteriormente con la República florentina.

El concepto de ‘humanismo cívico’

Bruni fue un autor muy prolífico pero no disperso. Casi todas sus obras originales y traducciones se acercan entre sí por lo que se podría definir un denominador común: un profundo sentido hacia el ideal de ciudad (normalmente al término ‘*urbs*’ prefiere utilizar el de ‘*civitas*’), de moralidad ciudadana, el deber de la participación de los ciudadanos en la gestión de la *res publica* y el compromiso activo en todas las actividades del ser humano que del ámbito privado tienen que trasladarse hacia el espacio público-político.

¿Qué significa eso? Cuando se habla de las ciudades renacentistas italianas de los siglos XIV al XVI, y en particular de Florencia y Venecia, es casi automático pensar en lo que se ha definido como el ‘humanismo cívico’.

Este concepto que forma parte de la terminología de la filosofía política pero que ya entró también en el literario, se podría resumir de esta forma:

El *humanismo cívico* considera que la clave para devolver a la sociedad su identidad humana se encuentra en la *formación ciudadana* [o sea de la] formación de seres humanos plenos, cabales; que sean capaces de orientar responsablemente los destinos de la *polis* hacia la vida buena de los sujetos y el bien común de la sociedad. (Irizar 2007: 115)

Como los ideólogos dicen, si el protagonismo en la vida política está en el ciudadano, entonces “el humanismo cívico defiende, exige individuos intelectual y éticamente formados” (*ibídem*: 118). Los *studia humanitatis* son entonces fundamentales en la política y sus fines didácticos adquieren un rol de preminencia. No es una casualidad que el humanismo cívico hunda sus raíces en el aristotelismo político² y que las “obras elegidas [para ser traducidas o difundidas] tenían tras de sí un trasfondo ético mientras que los hombres griegos y latinos y sus acciones se transformaban en

² Para profundizar sobre el concepto de humanismo cívico a través del tiempo, aconsejo la lectura de la conferencia del filósofo Alejandro Llano Cifuentes (1999a) y el libro (1999b) que dedica a este concepto.

puntos de referencias modélicos” (Borsari 2013). Bruni se basó en este principio de educación útil³ a la ciudadanía y vertió de griego en latín a Aristóteles, a San Basilio, a Plutarco, a Esquines, a Platón, etcétera. Con las traducciones seleccionadas propone estas biografías de griegos y romanos famosos como ejemplares puntos de referencia ideológica en plena coherencia con los cánones de su tiempo:

Tenemos intención de traducir al latín a todos estos varones de Plutarco, si nuestras ocupaciones nos lo permiten, renovando así la fama y la gloria de esos preclaros, para que junto con el provecho que [nosotros] recibimos por el conocimiento de los griegos vaya unido también el provecho de nuestras gentes. (Bruni, *Praefatio in Vita M. Antonii ex Plutarcho traducta*)

Traduce entre 1404 y 1412: la *Vita M. Antonii*, *Vita Catonis uticensis*, *Vida de Emilio Paolo*, *Vita Sertorii*, *Vita Pyrrhi regis*, *Vita T. & G. Gracchorum*, y *Vita Demosthenis*.

Dentro de este afán hacia el culto y la propaganda del pasado clásico, el Aretino no se circunscribe a traducir las *Bioi Paralleloi* de Plutarco, él mismo redacta unas vidas ejemplares tomando como referencia los escritos del autor griego: propone entonces una nueva biografía panegírica dedicada a Cicerón —la *Vita Ciceronis* conocida también como *Cicero novus*, octubre de 1415, en la que acentúa la componente cívica de la actividad del magno orador latín—, compone otra al filósofo griego Aristóteles —la *Vita Aristotelis*, 1429: en la carta-dedicatoria al cardenal Niccolò Albergati, justifica esta nueva semblanza en razón de subsanar los errores y las lagunas que persisten en su época respecto a los conocimientos de su vida— y por último busca en sus contemporáneos esos valores y virtudes morales y cívicas con las *Vite di Dante e Petrarca*⁴ —compuestas esta vez en lengua vernácula, 1436—. Bruni intenta así

³ Bruni, en sus *Dialogi ad Petrum Paulum Histrum* (en dos libros compuestos entre 1401-08), da a entender que el solo estudio sin su aplicación práctica fuera de las cuatro paredes de la casa es absurdo y estéril: “Etenim absurdum est intra parietes atque in solitudine secum loqui, multaque agitare, in oculis autem hominum atque in cetu veluti nihil sapias obmutescere; et que unam aliquam in se utilitatem habeant, ea magno labore prosequi, disputationem vero, ex qua permulte utilitates proficiscuntur summa cum iocunditate, nolle attingere.” (Bruni 1996: 84 y 86) [Tr.: De hecho, es absurdo hablar con uno mismo en la soledad de las propias paredes y darle vueltas a muchas cosas, y después quedarse callados ante la mirada de la gente y en medio de las reuniones, como si no supieras nada; y andar con gran afán detrás de cosas que apenas producen un único beneficio, y, sin embargo, no querer entrar en la disputa de lo que, con grandísimo placer, nos proporciona muchos beneficios.]. Afirma la utilidad y necesidad de los *studia humanitatis* en la *Oratio in funere Johannis Strozze* (1427-28) después del redescubrimiento en Italia de la literatura griega a través de la lectura “cara a cara” de los textos en lengua original: “Denique studia ipsa humanitatis, prestantissima quidem atque optima, generis humani maxime propria, privatim et publice ad vitam necessaria, ornata litterarum eruditione ingenua, a civitate nostra profecta, per Italiam coaluerunt.” (Bruni 1996: 722) [Tr.: Por último, los mismos estudios humanísticos, sin duda excelentes y óptimos, particularmente específicos del género humano, necesarios para la vida tanto pública como privada, enriquecidos por un elevado conocimiento de las letras, se han difundido en Italia después de haber empezado por nuestra ciudad.]

⁴ Para Leonardo, ambos poetas son dignos iguales de alabanza y estima, aunque en el paralelismo final afirma que el empeño cívico de Dante fue mayor que el de Petrarca: “De’ quali due parlando, possiamo dire in questo modo, cioè che Dante nella vita attiva e civile fu di maggior pregio che’l Petrarca, perocché nell’armi per la patria e nel governo della repubblica laudabilmente si adoperò. Non si può dire questa parte del Petrarca, perché né in città libera stette, la quale avesse a governare civilmente, né in armi fu mai per la patria, la qual cosa sappiamo esser gran merito di virtù.” (Borsari 2013: 114)

conciliar el *otium* literario típico del humanista con su plena inserción en la vida social y política [resumiendo a Viti 1992: 339-363].

Además del género biográfico, entre sus obras encontramos tratados políticos, historiográficos, filosóficos y filológicos, discursos y disertaciones diplomáticas, varias *Oratio* y *Laudatio*, unos poemas, etcétera. Leonardo Bruni se erige como testimonio vivo del estudioso entregado al empeño social, de una cultura entregada a la actividad cívica, del ideal de intelectual político.

El discurso traductológico a través de los textos

Daré ahora unas reflexiones sobre el discurso traductológico de Bruni a través del análisis de algunas de sus obras en las que ofrece sus reflexiones y su punto de vista sobre el concepto de traducción y sobre lo que él entiende por traducir.

Su más famosa traducción es la *Ética a Nicómaco* (1415-17 ca.). Allí censuraba la mala traducción latina anterior (1243 ca.) realizada por Roberto de Grosseteste, obispo de Lincoln, versión revisada más tarde por el dominico flamenco Guillermo de Moerbeke, un dominico de Flandes, en la que con palabras de fuego afirmaba que quien realizó la traducción se portaba como un mendigo dentro de la riqueza del latín, que no dominaba suficientemente ni el griego ni el latín, que su estilo resultaba confuso por falta de lectura de las autoridades clásicas y que no solo traducía mal, sino que medio traducía dejando muchas palabras tal como aparecían en el texto primigenio.

Todas sus críticas sufragaban la necesidad de una nueva traducción de la obra aristotélica, precisamente la que él mismo había realizado.

En la *Praemissio* nos da algunas claves acerca del porqué de esta nueva traducción y acerca del método que había seguido al traducirla, y concluye esta introducción con una breve dedicatoria al papa Martín V.

Decidí hace poco verter al latín los libros de la *Ética* de Aristóteles no porque no se hubieran traducido antes, sino porque lo habían sido de manera que más parecía obra de bárbaro que de latinos.

Pero ¿qué es lo que mayormente critica Bruni? Ya en estas primeras líneas reprocha el estilo de las anteriores traducciones.⁵ Y en las siguientes su indignación se acerba en contra de la falta de conocimiento de la lengua griega de los anteriores traductores y su mezcla de términos griegos en la redacción latina que entorpecen la lectura y deturpan la belleza de su prosa.

Está claro que el autor de dicha traducción, [...] no dominaba suficientemente las letras griegas, ni tampoco las latinas. En efecto comprendió mal el griego en multitud de pasajes, y tradujo al latín de forma tan pueril y desmañada. [...] se comporta como un mendigo en medio de nuestra riqueza al no saber proporcionar el equivalente latino de una palabra griega. [...] deja las palabras

⁵ Más tarde, en su *Vita Aristotelis* afirmará: “Quippe adulterinas huius philosophi translationes lectitare soliti, intricatum quendam et obscurum et inconcinnum arbitrantur. Sed non sunt illi Aristotelis libri nec si vivat ipse suos dici velit, sed mere translatorum ineptie.” (Borsari 2013: 29) [Tr.: Sé bien que cuando elogio la elocuencia de Aristóteles, algunos hombres doctos, ignorados de las letras griegas, no dan crédito a mi afirmación, ya que están acostumbrados a leer traducciones de este filósofo mal hechas, y le juzgan a él confuso, oscuro y privo de elegancia.]

griegas tal como las encuentra; resulta así medio griego y medio latino, deficiente en ambas lengua y en ninguna competente.

Desde un mayor dominio de la lengua y la literatura griegas, Bruni quiere inmortalizar a Aristóteles como persona y como escritor comprometido, dando un mayor espacio a su empeño político, a su amor por la patria, para proporcionar así un retrato de excelencia moral, aunque también civil, del filósofo griego. Recurre a la autoridad de Cicerón para defender su retórica y su ornato:

Y ¿qué decir del cambio de estilo, que es lo más confuso e inadecuado de todo? Y, sin embargo, Aristóteles fue un estudioso de la elocuencia y unió la retórica con la filosofía, como el propio Cicerón atestigua en numerosos pasajes.

Hasta llega a afirmar que el mismo Aristóteles desautorizaría esas obras y negaría que fueran suyas, en palabras de Bruni “[por] este desatino y falta de simetría de la traducción”.

El humanista apoya sus afirmaciones a través de unos ejemplos de palabras que el traductor mal traduce, medio-traduce y que en otros casos deja directamente en griego, no obstante existan en latín palabras equivalentes.

Según Bruni en vez de ‘in ludo’ tendría que escribir ‘in ioco’, donde ‘superabundantia bomolochia’ iría ‘scurrilitas’, en lugar de ‘agricchos’, ‘rusticus’. Y de nuevo el discurso de Bruni se inflama:

¡Qué hombre más duro de mollera! De verdad que al leer esto no puedo contenerme. ¿Acaso esto es traducir? [...] Así pues, ¿la carencia se halla en la lengua o en el propio traductor?

Y el primer traductor no solo traduce de forma muy deficiente: como en realidad no es un experto en filosofía y en el pensamiento de Aristóteles confunde los términos latinos: ‘bonum’, ‘utile’ y ‘honestum’, ‘delectatio’ y ‘voluptas’, y también ‘tristitia’ y ‘dolor’, aunque los griegos, al igual que los latinos, los distinguen léxicamente. Con esta fuerte crítica Bruni justifica su nueva traducción de la *Ética*.

El *De studiis et litteris tractatulus ad Baptistam Malatestam* (1423-26 ca.), es un tratado que el Aretino dedica a la esposa de Galeazzo Malatesta, señor de Pésaro. En esta obra celebra la importancia de los *studia humanitatis* que tienen que ser amplios, cuidados y profundos, y más aún, afirma que la “peritia litterarum” y la “scientia rerum” están unidas y si se separan ambas pierden su significado y esplendor. A través de su discurso quiere ‘enseñar’ (aunque en todo momento dice que no escribe con pretensiones de maestro o guía, sino solo para exponer su pensamiento) el recto camino hacia la adquisición de una cultura verdadera y elevada. Su discurso se dirige en modo particular a las mujeres para que se acerquen a las letras a través de buenas prácticas, y se centra en la lectura —mejor si en voz alta— de todo autor, cristiano o no, de tema moral o seglar, en prosa o en poesía; pero lo verdaderamente importante es que el estilo y el contenido sean igualmente buenos. Los libros mal escritos, a su parecer, transmiten sus defectos a los lectores, y por ello hay que leer exclusivamente a los mejores.

No pierde la ocasión, aunque sea solo de pasada, de ‘meterse’ con los malos traductores que al pervertir el texto —sea deturpando el significado, sea la belleza del ornato— hacen infructíferas esas lecturas.

Si además tienes las traducciones de los doctores griegos como Gregorio Nacianceno o Juan Crisóstomo o Basilio el Grande, en mi opinión, deberías leerlos: siempre que quien tradujo los haya trasladados al latín, y no los haya más bien pervertidos. (tr. de Bruni 1996: 254)

Interesantísimo y fundamental para entender la producción literaria de la época fue su tratado *De interpretatione recta* (1424-26 ca.), que en castellano toma el título *Sobre la traducción correcta*. Bruni expone aquí sus tesis en el plano teórico y metodológico ampliamente y con extrema claridad y justifica sus elecciones lingüísticas y léxicas —aunque después él no siempre cumpla en sus traducciones cuanto aquí teoriza. [La traducción al español del *De interpretatione recta* que se utiliza en este artículo, aunque no se cite cada vez, es la realizada por Pérez González 1995: 204-232].

En un principio, Bruni escribe este tratado para contestar a las confutaciones que le dirigieron otros estudiosos al leer las críticas que expuso Leonardo en el prólogo a la *Ética nicomaquea* por él traducida. Él mismo admite que fue “algo más vehemente de lo normal” pero también que no pudo contenerse y que su exceso merecía un perdón en cuanto él solo quería defender la obra y el pensamiento aristotélico, “mancillados y afeados por una adulteración tan grande de la traducción”.

Además, Bruni, está convencido de que, no obstante la cólera, había logrado contenerse y conservar “la moderación y la cortesía”. Y como quien dice sin querer decir, o mejor dicho, escribe sin querer escribir, lo prueba tener desconocimiento de las obras literarias, y se defiende afirmando que no dijo “que él era mal hombre, sino un mal traductor”.

El humanista estructura su tratado en tres partes [como acertadamente observa Baron 1928]: I) en primer lugar, nos ofrece su ‘opinión sobre el método de traducir’; II) ‘a continuación’ justifica ‘sus críticas’, y III) por último, muestra cómo sus críticas nunca se salieron de tono y que observó “las costumbres de los hombres más sabios”.

Respecto al método de traducción, las principales ideas de Leonardo se pueden resumir de esta forma:

a. “Afirmo que toda la esencia de la traducción consiste en trasladar correctamente a una lengua lo que se ha escrito en otra” — eso excluye las glosas y las adaptaciones— y que “la traducción correcta es una tarea extremadamente difícil”.

A partir de estas dos verdades fundamentales afirma que:

- a.1. Dote imprescindible del traductor es tener un absoluto dominio de las dos lenguas con las que va a trabajar, y este conocimiento: “no debe ser parco ni general, sino vasto, corrientemente practicado, minucioso y adquirido mediante la abundante y constante lectura”. Para traducir se necesita “comprender la esencia y los significados de las palabras”, “pues [en muchos casos] las palabras significan una cosa, pero su sentido es otro”, y “un lector rudo e inexperto” seguramente se equivocaría. Pone varios ejemplos de sus afirmaciones: la diferencia entre ‘iuventus’ y ‘iuventa’, ‘deest’ y ‘abest’ o la afinidad que existe entre los términos ‘poena’ y ‘malum’ aunque en realidad tengan distintos significados.

- a.2. Un buen traductor no puede dejar palabras sin traducir y cogerlas prestadas. En palabras de Bruni: “cuando una palabra se haya de traducir por otra, no la mendigue, ni la tome en préstamo, ni la deje en griego por desconocimiento de la lengua latina”. Es necesario conocer “la esencia y naturaleza de las palabras”.
- a.3. La pericia en las lenguas se adquiere primeramente con la lectura de los autores clásicos, “filósofos, oradores [y] poetas”.
- a.4. Necesita tener “oído” para no destruir o alterar el ornato y la composición rítmica del texto.
- a.5. Los principales defectos y errores en los que puede caer un traductor son: 1) comprender mal lo que hay que traducir, o 2) reproducirlo mal. Esto comportaría que, al verter el texto, lo que el autor del original escribió con “propiedad y armonía” quedaría “inadecuado, inarmónico y disforme”.
- a.6. El mal traductor que conduce al engaño a quienes lean su trabajo debe ser reprobado públicamente [así como hace Bruni] y el que lo denuncia debería recibir alabanzas y no críticas.
- a.7. El buen traductor no solo entra dentro de la materia sino del estilo particular de cada autor y lo hace suyo.
- a.8. Traducir poesía (y cualquier escrito que incluye ritmo y figuras retóricas) presupone una dificultad añadida, y si el traductor no es capaz de reproducir fielmente estos ornamentos en el texto trasladado hace que se pierda la grandeza del original.
- a.9. En este punto Bruni ofrece dos pasajes desde la traducción del *Fedro* de Platón, dos desde la *Ética a Nicómaco* y por último dos desde la *Política* de Aristóteles para ejemplificar esa complejidad de la que acaba de hablar.

Concluye estas primeras consideraciones sobre las buenas calidades de un traductor con esta frase tan acertada: “Se ha de considerar un delito en cierto modo inexpiable que un hombre no muy instruido ni de buen gusto se dedique a traducir”.

En la segunda parte del tratado analiza algunos pasajes que realizó el antiguo traductor, pero desde la *Política* de Aristóteles. Sin querer entrar en el detalle de si el humanista italiano está en lo cierto o no o si de alguna forma sus elecciones son tendenciosas, destacaré algunos intercalados *in crescendo* en los que Leonardo expresa de nuevo su indignación por las malas prácticas de Grosseteste, hasta llegar a escribir que Aristóteles mismo desautorizaría su traducción negando que esos libros fueran suyos.

- no tradujo correctamente, puesto que puso una palabra en lugar de otra, ni conservó la esencia de la palabra griega. Pero esto es un pecado venial.
- Pero ese individuo delira y no sabe lo que incluso los niños saben.
- ¿Se le atribuyen a él en latín términos tan balbucientes, tan absurdos, tan inexpresivos [...] y otras monstruosidades verbales de este tenor, que apenas serian tolerables en los niños que aprenden las primeras letras?
- Pero dejemos a un lado los reproches expuestos y examinemos todavía errores de expresión en medio de tal ineptitud.
- ¿Qué responderá a esto nuestro traductor? Con seguridad nada que sea correcto, pues, tras haber cometido una equivocación, siguen otras muchas.
- por desconocimiento de la lengua nuestro traductor dijo [...] un vocablo estúpido, impropio e inusitado.

- Al leer esto, me lamento y me río a la vez. En efecto, lamento que la elegancia de aquellos libros se haya convertido en una barbarie tan grande; y me río porque las palabras de su final me parecen como ciertos remedios medicinales.
- ni siquiera parecen poseer las primeras letras: tanta ignorancia y rudeza de expresión tienen.
- alguna traducción suya parece mitad griego y mitad latín [...] supone una falta total de conocimientos dejar en griego aquellos vocablos de los que — tenemos excelentes sinónimos.
- ¿Por qué [...] hieres los oídos de los lectores con nombres muy desagradables y extraños, cuando de todas esas palabras tenemos en latín vocablos muy excelentes y usuales?
- Esto no es traducir, sino confundir, ni proporcionar luz a los hechos, sino oscuridad.
- este traductor se muestra tan desajustado y enervado, que contemplar tanta confusión resulta lastimoso.
- Aristóteles se indignará y se lamentará de que sus libros sean maltratados de este modo por hombres ignorantes, negando que sean suyos los que individuos así han traducido y soportando con muchísimo enojo que su nombre esté escrito en ellos.

Concluye el tratado alegando que san Jerónimo y Cicerón, como muchos otros hombres cultos antes que él, habían sentido y puesto por escrito su indignación y que seguramente estos ilustres personajes aprobarían sus críticas.

Toda su indignación en contra de la anterior traducción no cayó en el vacío sino que a través de las redes literarias europeas (cartas, copias de su obra, boca a boca, reuniones literarias y movimientos de las cortes, embajadas, concilios) llegaron a los oídos de importantes intelectuales de la época que no estuvieron nada de acuerdo con él: recordamos en 1423 la carta que Demetrio —sin más especificaciones— escribe al Bruni [al cual Leonardo contesta con su epístola: *Quod Aristoteles eloquent fuerit, et male linguarum imperitis laninitate donatus sit*], en 1425 al sienés Ugo Benzi. Después esas acusaciones que Bruni hacía en la *Praemissio* fueron rigurosamente contestadas por el jurista español y hombre de letras Alonso de Cartagena: es en verdad digna de mención la forma en la que empieza, se desarrolla y termina esta polémica que duró unos cuantos años. [Para profundizar más sobre esta *querelle*, véase González-Moreno-Saquero 2000 y Morrás 2002]. Claro está que Leonardo Bruni sabía de antemano que su prólogo sería objeto de polémica en cuanto que su exposición rozaba el insulto. Esta provocación fue dispuesta de forma muy consciente con una doble intención, con el propósito de distanciarse del método de traducción medieval y de destacar su labor y sus méritos añadidos.

Cartagena mismo cuenta la anécdota de cómo llega a sus manos el libro de Bruni, en un opúsculo que escribió para refutar las encendidas críticas de Leonardo de cuyo título *Declamationes super translatione 'Ethicorum' Aristotelis* (1435 ca.).

El jurista español cuenta que unos años antes realizó un viaje diplomático junto a la legación regia que le llevó hasta la “última provincia de Occidente”, o sea Portugal, y que tuvo la ocasión de participar en varios encuentros con otros intelectuales del lugar que habían estudiado en Bolonia y otros en Salamanca como él: durante estas reuniones pudieron intercambiar noticias, pensamientos, novedades e ideas, como era costumbre.

Uno de los temas de estas conversaciones lo llevó a escuchar muchos elogios dedicados a la elocuencia del humanista italiano Leonardo Aretino y su profundo conocimiento de las lenguas griega y latina. Esto sorprendió mucho a Cartagena, ya que el griego era una lengua muy poco conocida hasta ese momento en los círculos habituales castellanos y su interlocutor, viendo su interés en el tema, se fue y regresó con varios libros, entre los cuales se hallaba la famosa traducción de Bruní del *De libris gentilium legendis* (1401) de San Basilio, que dedicaba a su maestro Coluccio Salutati. Así escribe sobre Bruní:

Quando leí todo esto [...] la elegancia de la moderna traducción acrecentaba en mí la estima por un desconocido Leonardo que escribía en un latín rico y elegante, todo con tan gran cuidado de las palabras que, para no dilatarme en elogio suyo, bastaría decir que es un nuevo Cicerón.

Esta fue la primera consideración que hizo Cartagena al leer por primera vez Bruní, pero lo que más cabe destacar de este pasaje es la forma a la que accedió a su obra, y cómo en un principio su opinión hacia Bruní fuera extremadamente positiva, o eso es lo que quiere que creamos como lectores para que pensemos que no había prejuicios anteriores.

Sigue en su escrito describiendo cómo llega a enterarse de la citada nueva traducción de la *Ética* aristotélica y relata cómo de forma parecida, unos cuatro años más tarde, una noche, durante una tertulia literaria en Salamanca, llega a sus manos esta obra y cómo después de leer el prólogo incendiario de Bruní se siente disgustado y muy molesto:

Me disgustaba el resultado que pretendía alcanzar, y mucho me molestaba que atacara así, a rienda suelta, una obra tan notable, [...] No es bueno, en efecto, que para construir algo nuevo haya de destruirse tan completamente lo antiguo. [...] como se lanzó impetuoso sobre la antigua traducción y la considera no sólo defectuosa sino totalmente nula.

Recoge allí las palabras de Bruní en las que afirmaba que las anteriores traducciones aristotélicas eran tan malas que solo podía considerarse la suya como una verdadera traducción mientras las anteriores deturpaban no solo el pensamiento sino el estilo del filósofo griego, y no se podían considerar como tales:

He asumido la labor de hacer una nueva traducción, [...] creo que he conseguido poner por vez primera estos libros en latín, dado que no lo estaban antes,

Es en este momento cuando Cartagena decide tomar cartas en el asunto, y según sus palabras “no para ofender a Leonardo, sino para intentar defender el antiguo traductor”, porque Alonso considera que quien versionó por primera vez al latín la *Ética* actuó con sumo cuidado exponiendo la doctrina aristotélica. A lo largo de varios capitulillos del opúsculo intenta contrastar cada una de las pesadas críticas de Bruní. Recordémoslas un momento.

- 1) No dominaba suficientemente ni el griego ni el latín y deturpa el significado de la obra. —Cartagena contesta que no quiere rivalizar con Bruní en cuanto a sus conocimientos de la lengua griega ya que él la desconoce, sino que en esta

- disputa no tratará “de descubrir si es así como está escrito en griego, sino si pudo ser escrito como nuestro traductor lo dijo allí donde duramente se le censura”.
- 2) Su estilo resultaba confuso por falta de lectura de las autoridades clásicas —Alonso dice que no se puede criticar su falta de claridad y por lo contrario hay que alabar como con su estilo alcanza “concisión y tino”.
 - 3) No solo mal traduce, sino que medio traduce dejando muchas palabras tal cual como aparecían en el texto primigenio —Cartagena refuta que todos los doctos utilizan palabras griegas en el lenguaje de las artes y de las ciencias y que también en el uso diario de la lengua utilizamos palabras griegas o de origen griego y que nunca fue mal visto.
 - 4) Quien realizó la traducción se portó como un mendigo dentro de la riqueza del latín. —El español le discute que en forma alguna el antiguo traductor trata el latín como lengua deficiente, sino que por lo contrario el latín introdujo desde otras lenguas como la gala, las germánicas, etcétera, vocablos nuevos y allí es donde adquirió tanta riqueza léxica, ¿y por qué no del griego también?

Como os adelanté, la disputa duró bastantes años y es innegablemente entretenido leer con qué ingenio y con qué sarcasmo los dos escritores rebaten los argumentos del adversario.

Siguen ahora unos ejemplos sacados de la epístola de Bruni dirigida a Francesco III Piccolpasso, arzobispo de Milán y fechada 15 de octubre de 1435 o 1436.⁶

Al empezar su carta, después de las debidas fórmulas de cortesía, Leonardo agradece al arzobispo el envío de un escrito del “eminentísimo” Alonso [*praestantissimi viri*] y añade que “nada más empezar a leer su prólogo comen[zó] también a reír[s]e” [*quem cum legere coepissem, statim a proemio ridere mihi contigit*] asemejando a sí mismo a san Esteban y comparando sus acusadores a los que lapidaron al santo. Continúa comparándose al mismo San Jerónimo, y señalando que sus traducciones están siendo criticadas al igual que las del que actualmente es el patrón de los traductores. El tono va aumentando paulatinamente, mientras lanza sus flechas envenenadas. Bruni acusa a Alonso de “pueriles conjeturas”, y en otro pasaje “entre pueril y frívolo”, de desconocer que “Italia está llena de eruditos que dominan por igual el latín y el griego”, y que pueden respaldar su traducción; también comenta: “Desde luego, si Alonso fuera una persona honesta [*bonus vir*], no debería conjeturar tales cosas de otro...”, dejando entender que no era tan ‘bonus’.

El Aretino prosigue su escrito con unos tópicos de la *querelle* entre españoles e italianos:

Con ligereza dice también eso de que los italianos hacen uso constante de la pluma porque están ociosos: y que en cambio los españoles, como están ocupados en la corte, no pueden dedicarse a la pluma. Como si, en verdad, los italianos no tuvieran la corte romana, ciertamente mucho mayor que la del rey [de Castilla]...

⁶ *Ad Archiepiscopum Mediolanensem respondet obiectis Alfonsi Hispani de traductione ethicorum a se facta* (ff. 108a-112b). El texto íntegro en latín es accesible on line [25/01/2014]: <http://www.uni-mannheim.de/mateo/itali/autoren/bruni_itali.html>. La traducción aquí empleada pertenece a Santoyo 2011: 258-365.

Leonardo reprocha a Alonso que, siendo profesor de Derecho, no tendría que creerse entendido de literatura, y que siendo simplemente un aficionado aunque muy docto y gran hombre sería mejor que dejara estos juicios a los expertos. Y pone como ejemplo a los juristas italianos que no se meten en los asuntos de los filósofos, los poetas, los oradores o los historiadores. Y comenta que “Quien mucho abarca poco aprieta” [*Nihil enim plane tenent, qui cuncta sectantur*] y de nuevo sale a la superficie la rivalidad nacional:

Si los españoles, pues, alcanzan a tanto, y a tantas y tan distinguidas cosas, congratulémonos por España, que tales hombres educa; si Alonso es el único, congratulémosle a él solo. Yo aconsejaré a los nuestros [...] que no entren temerariamente en terrenos ajenos. No hay, en efecto, ninguna disciplina que no ocupe ella sola toda la vida de un hombre...

Bruni, en esta epístola, junto a otras críticas anecdóticas, centra su defensa en contra de Cartagena en un razonamiento para él irrefutable: si la rivalidad que existe entre ellos se limita a la traducción medieval de la *Ethica*, y Alonso de Cartagena como él mismo afirma ignora la lengua griega, entonces no puede reprochar nada respecto a sus críticas y a su nueva traducción porque todas sus aserciones son conjeturas basadas en la “adivinanza” y “ensoñaciones” [*Itaque tecum de veritate interpretationis contendere nihil est aliud, quam cum vaticinante aliquo, somniantem vel contendere*].

Termina su carta alegando que en ningún momento criticó la vida y las costumbres del anterior traductor y que en el estudio de las letras está permitido *contendere, adversario pungere, differere*, pero que en ningún momento sus escritos llegaron a *maledicere*.

Conclusiones

En varios artículos y libros se ha considerado la disputa entre Bruni y Cartagena como un enfrentamiento entre el traductor medieval y el humanista, entre la escuela escolástica y la nueva visión más filológica humanística. Muy acertadamente Morrás (2002) en su trabajo sostiene que las anteriores reflexiones sobre la *disputatio* Bruni-Catagena mantienen un punto de vista limitado que no toma en cuenta el momento y las circunstancias históricas y culturales en la que se inserta la querrela.

En efecto, si leemos estos testimonios según un enfoque meramente actual, Bruni demuestra un pensamiento muy adelantado respecto a su tiempo: ahora nadie pone en duda que un traductor tiene que dominar perfectamente la lengua de origen y la lengua de llegada cuando realiza la labor de traducción de un texto, de la misma forma que nadie pone en duda que al traducir un texto literario haya que adaptarse a la modalidad expresiva del autor o del género. Ponemos un ejemplo, si se quiere traducir un poema, hay que saber de versos, de ritmo, de musicalidad, etcétera, pero en aquel momento todavía no se habían definido límites claros ni en la terminología. Evidentemente no se había establecido aún la diferencia entre traducción, interpretación, adaptación, reescritura, glosa, y el concepto de plagio como hoy en día se entiende no existía (véase Borsari 2009: 450-461). Es en el tardo Medioevo y con la llegada del Humanismo cuando se van definiendo estos límites y cuando la consciencia colectiva de creación o traducción de una obra se transforma en consciencia individual. En efecto, el lapso de tiempo en el que escriben los dos grandes intelectuales es un período de convergencia de múltiples factores. Cuando Bruni critica que el antiguo traductor no

está acostumbrado a leer las *auctoritas* y en particular a Cicerón y que no remite a él cuando no encuentra la palabra correcta en latín para traducir Aristóteles, Alonso de Cartagena lucha en su discurso para demostrar que la filosofía aristotélica no puede ser reescrita utilizando términos que no pertenecen al mismo contexto y situación cultural ya que falsarían y tergiversarían su discurso. Según Bruni, Cartagena quedó anclado en un discurso pasado y su nueva actuación filológica del texto es la que realmente devuelve a la luz el pensamiento de Aristóteles; por su parte, Alonso cree que Leonardo está latinizando a Aristóteles, que no se pueden tratar todos los textos de una misma forma y que dentro de los que se llamarán *studia humanitatis* hay que diferenciar por ejemplo lo que es filosofía de lo que es retórica en cuanto que si se trataran de un mismo modo se desvirtualizaría su esencia.

Acabo ya estas reflexiones que nos han permitido adentrarnos en el discurso traductológico del siglo XV, dentro de lo que puede considerarse el pasaje entre la edad medieval y la moderna. Dejo así la reminiscencia de las palabras que el humanista italiano escribió en 1442, un año antes de morir, en una carta dirigida directamente a Alonso de Cartagena en contestación a otra suya en la que evoca la disputa que les hizo encontrar como un combate entre púgiles. La disputa entre estos dos intelectos privilegiados terminó en una entrañable amistad literaria. Bruni, en razón de la elevación de los espíritus que las letras conceden, afirma que si los soldados o gladiadores después de los combates terminan amigos no podría concluir de otra forma el duelo literario que hubo entre ellos:

Pergratae mihi fuerunt litterae tuae, Reverende Pater, ac doctissime Vir, quas proxime suscepi mirabili sapientia, et optimorum copia verborum refertae. In quibus multa me delectarunt, & in primis pugilum illa similitudo ad causam utriusque nostrum verissime accommodata. Etenim si in armorum certaminibus, et in gladiatorio ludo, qui ferro inter se dimicant, tamen amici postea remanent; quanto magis id esse debet in certaminibus litterarum, in quibus non ferro, sed ingenio decertatur?

Obras citadas

- Alvar, Carlos. *Traducciones y traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla durante la Edad Media*. Colección Historia y Literatura 2. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2010.
- , y José Manuel Lucía Megías. *Repertorio de traductores del siglo XV*. Madrid: Ollero y Ramos Editores, 2009.
- Baron, Hans. *Leonardo Bruni Aretino. Humanistisch-philosophische Schriften mit einer Chronologie seiner Werke und Briefe*. Leipzig-Berlin: B. G. Teubner, 1928. [Reimpr. Wiesbaden, 1969]
- Birkenmajer, A. “Der Streit des Alonso von Cartagena mit Leonardo Bruni Aretino”. Clemens Baeumker ed. *Vermischte Untersuchungen zur Geschichte der mittelalterlichen Philosophie*. Münster, 1922: 128-211.
- Borsari, Elisa. *Catálogo de traducciones anónimas al castellano de los siglos XIV al XVI, en bibliotecas de España, Italia y Portugal*. Madrid: Biblioteca Nacional de España – Ministerio de Educación, 2011.
<http://www.bne.es/media/Micrositios/Guias/Traducciones/TradBorsari.pdf>.
- . *‘Vidas paralelas’ de Leonardo Bruni. Traducciones medievales castellanas*. San Millán de la Cogolla: CiLengua, 2013.
- Bruni, Leonardo. Paolo Viti ed. *Opere letterarie e politiche*. Torino: Unione tipografico-editrice torinese, 1996.
- Gómez Moreno, Ángel (1994): *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid: Gredos.
- . “Los intelectuales europeos y españoles a ojos de un librero florentino: Las Vite de Vespasiano da Bisticci (1421-1498)”. *Studi Ispanici* 1 (1997-98): 33-47.
- González Rolán, Tomás, Antonio Moreno y Pilar Saquero Suárez-Somonte. *Humanismo y teoría de la traducción en España e Italia en la primera mitad del siglo XVI. Edición y estudio de la “Controversia Alphonsiana” (Alfonso de Cartagena vs. Leonardo Bruni y Pedro Candido Decembrio)*. Madrid: Eds. Clásicas, 2000.
- Irizar, Liliana Beatriz. “Humanismo Cívico: Hacia una Renovación Humanista de la Vida Política (I)”. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas* 12 (2007): 3-124.
http://www.usergioarboleda.edu.co/civilizar/revista12/humanismo_civico.pdf.
- Jiménez San Cristóbal, Montserrat. “Del latín al vernáculo: la difusión manuscrita de la obra de Leonardo Bruni en la Castilla del siglo XV”. *Revista de Literatura Medieval* 23 (2011): 179-193,
- Llano Cifuentes, Alejandro. “El humanismo cívico y sus raíces aristotélicas”, *Anuario Filosófico* 32 (1999a): 443-468.
- . *Humanismo cívico*. Barcelona: Ariel, 1999b.
- Morrás, María. “El debate entre Leonardo Bruni y Alonso de Cartagena: las razones de una polémica”. *Quaderns. Revista de traducció* 7 (2002): 33-57.
- Pérez González, Maurilio. “Leonardo Bruni y su *De interpretatione recta*”. *Cuadernos de filología clásica. Estudios latinos* 8 (1995): 193-233.
- Rubio Tovar, Joaquín. “Algunas características de las traducciones medievales”. *Revista de Lliteratura Medieval* 9 (1997): 243-251.
- Santoyo Mediavilla, Julio Cesar. *La traducción medieval en la Península Ibérica (Siglos III-XV)*. Col. Estudios Medievales 1. León: Publicaciones Universidad de León, 2009.

- . *Sobre la traducción: textos clásicos y medievales*. Col. Estudios Medievales 3. León: Publicaciones Universidad de León, 2011.
- Viti, Paolo. *Leonardo Bruni e Firenze: Studi sulle lettere pubbliche e private*. Humanistica 12. Roma: Bulzoni Editore, 1992.